

**Proximidades y distancias, el investigador en el borde peligroso de las cosas**  
**Daniela Soldano\***

***Los dioses habían condenado a Sísifo a rodar sin cesar una roca hasta la cima de una montaña desde donde la piedra volvía a caer por su propio peso. Habían pensado con algún fundamento que no hay castigo más terrible que el trabajo inútil y sin esperanza.***

Albert Camus, El Mito de Sísifo,  
Buenos Aires, Losada, 1996.

**I.**

En la primavera de 1999 fui invitada a trabajar en una investigación cuyo principal objetivo era reconstruir el circuito de reciclaje de residuos sólidos urbanos, en la periferia del área metropolitana de Buenos Aires. Mi tarea específica incluía, centralmente, dos actividades: por un lado, debía identificar a los actores involucrados en dicho circuito, por el otro, colaborar en la confección de un diagnóstico sobre la vulnerabilidad social en la que esos actores estaban inmersos.

En mi vida había visto muchos carros de cirujas rondando por las calles. Una búsqueda vertiginosa en mi archivo mental arrojó imágenes que me acercaron a la experiencia del cirujeo. Recordé al “botellero” clamando por vidrios y objetos en desuso en los barrios suburbanos. Recordé a los “cartoneros” desarmando y apilando prolijamente las cajas que desechaban los comerciantes al final del día. Y pensé: ¿por qué no? La estrategia consistiría en actualizar esas fotos, quitarles el polvo, restituirles sentido. La presencia de esta “familiaridad extraña” posibilitaría el acceso. No podía ser tan difícil.

**II.**

Hacíamos tiempo en la entrada de una “chatarra”, el sitio donde convergen los recorridos de los cirujas al mediodía y al atardecer. El sol de octubre tornaba más confortable la espera en un contexto de pobreza extremadamente desolador. Con mis compañeros observábamos los movimientos de unos hombres que clasificaban materiales. Hierro, plástico, vidrio. Lo que vale y lo que no. Lo que saldrá en el camión de la tarde rumbo a la fábrica a la que le vende el “intermediario”. Lo que quedará apilado por años en ese rincón de un depósito a cielo abierto.

Mirábamos con esa minuciosidad con pretensiones de herramental técnico. Se suponía que sabíamos lo que hacíamos. El halo de la investigación empírica controlada funcionaba como un escudo invisible a los ojos de los otros; potente para evitar cualquier tipo de ósmosis y, a la vez, con toda la permeabilidad que exige un trabajo atento a los indicios émicos. Nadie hablaba y nuestro interés por entrevistarlos, los y nos incomodaba.

Cuando ya no podíamos seguir esperando me encaminé hacia donde se erigía la balanza, en la cual se pesaban los materiales que los cirujas bajaban de los carros.

El pesaje es una de las instituciones centrales que articula y organiza este universo de prácticas. Se desarrolla con la solemnidad de una ceremonia cansina, informalmente reglada. El rito no admite polémica: “las cosas pesan lo que pesan y valen lo que dice el chatarrero”.

A unos metros de la escena, no podía creer la paciencia e impavidez de los cirujas que aguardaban durante horas a que llegara su turno. Me aturdía el silencio. Mientras el empleado de la chatarrera acomodaba los materiales y movía las pesas, los cirujas quedaban como fuera del tiempo. Yo pensaba: “podrían hacer otra cosa mientras esperan, charlar, comer, dormir”. El pesaje genera una gran expectativa en el entorno y esa mañana nos vimos presos de esa ansiedad. Yo contemplaba la cantidad de cosas que habían arrastrado por las calles; me compadecía por el agotamiento del caballo, me alarmaba pensando en la calidad de vida de esos niños flacos y sucios que habían estado rapiñando en la basura de la ciudad y me sorprendía adjudicando un valor monetario a toda esa larga lista de injusticias. Pero la explotación no tiene límites y en las márgenes del mundo su lascividad se muestra rayana a lo absurdo. El hijo mayor del Ñato se acercó al chatarrero y extendió su mano. Dos pesos con treinta centavos. Lo vi correr en busca de su padre que ya había despabilado al caballo. Un ciruja se interpuso en su camino y le hizo un gesto de indagación. El niño le mostró las monedas.

### III.

Comenzaron entonces a resquebrajarse algunas certezas. El influjo del mito que dice que las formas de vida hipermarginales son “esencialmente” más simples cayó por el peso de sus propias inconsistencias. La construcción de la tipología de actores entró en un cono de sombra y yo oscilaba entre la parálisis, la desazón y la ira. Pero algo sabía: a diferencia de lo que había creído inicialmente, era muy difícil atrapar (plasmar, desagregar), en una construcción teórica, la diversidad inherente a ese micromundo.

### IV.

La casa de Clara se ubica a metros de un arroyo de color gris. El olor del ambiente es una mezcla de efluentes industriales y guisos. Los niños juegan entre las montañas de hierros oxidados. ¿Cómo hablar del riesgo sanitario con quienes viven, literalmente, sobre un basural?

Las preguntas que formulábamos intentaban obtener información sobre la percepción del peligro, los cuidados que se toman en la manipulación de residuos cortantes, la prevención de enfermedades, el mantenimiento de los caballos, etcétera. Las respuestas nos hablaban de otro significado posible para la palabra “riesgo”. El problema no radica –como pensábamos nosotros– en la convivencia con la basura sino en no poder acceder a ella, en tanto es la fuente principal de recursos para la reproducción de la vida. El peligro no acecha en la manipulación de objetos “peligrosos” sino en la ordenanza municipal que prohíbe la recolección y en la policía velando intermitentemente por su cumplimiento. El peligro es que otro ciruja se robe el caballo. El problema es que cada vez hay menos que levantar porque la gente consume menos.

Una vez más, la parafernalia conceptual mostró sus fisuras y nos vimos en la necesidad de revisar la calidad de la lente con la que pretendíamos dar cuenta de todo aquello.

Pero no sólo la categoría de riesgo sanitario debió ser calibrada a la medida de sus propias palabras y prácticas. El desafío mayor consistió en desentrañar los modos de vida de estos actores, en vislumbrar la naturaleza de la existencia

personal, familiar y comunitaria que fluye por fuera y por dentro de un carro tirado a caballo o de una camioneta desvencijada.

Estas personas viven de lo que otros tiran. Organizan sus vidas en función de “levantar, acopiar y vender” los desechos resultantes de los que otros consumieron. Viven, entonces, en un circuito en apariencia marginal al de los productores e integrados.

Luchando contra los impulsos por definirlos violentamente, es decir, a través de una mirada externa a sus propias autodenominaciones, dimos lugar a la complejidad. Apareció, entre otras cosas, el peso que en la construcción de identidad tiene la organización del trabajo diario. Identificamos a aquellos que destacan la precisión y eficiencia de sus rutinas, que consideran a lo suyo en términos de un “oficio”. Identificamos a los “cirujas” que, además de haber heredado el “saber-hacer”, idealizan el trabajo sin patrón y la libertad que ofrece “quemar los días en el carro”. Identificamos a los que han caído en el cirujeo por dificultades para sostener otro tipo de inserción laboral y que, por esta misma razón, “padecen” los recorridos, y la “deshonra” de ser tratados como marginales, ladrones o, simplemente, como “basura”.

Pero la polisémica definición de “ciruja” se produce al interior de una sociabilidad también multifacética. La vida en el cirujeo contiene códigos de cordialidad, lealtad, solidaridad y orgullo. Rige en ella cierto orden moral que establece el respeto por el otro (por “el que está en la misma”) sancionando, entre otras violaciones, la usurpación de recorridos.

Es así como se construye diariamente un imaginario de cordialidad que no sólo posibilita desactivar el conflicto, sino que también confiere un espacio de pertenencia que ayuda a contrarrestar las vivencias de estigmatización.

## **V.**

Como Sísifo, los cirujas que recorren las calles y escudriñan la basura intentan conjurar el maleficio al que los somete la inmediatez del hambre. Una y otra vez, la roca vuelve a caer. Una y otra vez, vuelven a arrastrarla hasta la cima. La extrema necesidad del presente vuelve inútil y absurda la pregunta por el futuro.

Como Sísifo, el investigador transita en el borde peligroso de las cosas. Se aleja hasta un punto en el que todo carece de sentido. Se aproxima hasta perder la capacidad de problematización. Pero es esa tensión irremediable, la que lo define.

### **Nota:**

\* Politóloga. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadora docente del Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

Este artículo fue publicado en Revista Apuntes de Investigación N° 5.  
<http://www.apuntes-cecyp.org/N5-Soldano.htm>